

Congreso del Seminario Major, Bogotá, septiembre 2011
Ponencias de André Fossion s.j.

LA MISIÓN EVANGELIZADORA HOY

3. Hacia una pastoral misionera

Un dispositivo en tres tiempos

Con la exposición de hoy llegamos a la última etapa de las reflexiones de estos días: **la orientación hacia la acción**. Recordemos brevemente el itinerario propuesto al inicio. Comenzamos por un análisis de la situación, en mi caso la de Europa Occidental, situación que, teniendo en cuenta la globalización contemporánea, debe tener aspectos comunes con la de América Latina. Luego, para afrontar la secularización avanzada que se vive en Europa, tanto en lo público como en lo privado, esboqué una propuesta de teología de la gracia como inspiración de una espiritualidad misionera. Hemos recorrido, pues, las tres primeras etapas de nuestro itinerario: análisis del contexto, teología, espiritualidad. Con el apoyo de éstas, pasemos a la cuarta etapa: **la acción pastoral**.

Mi exposición estará dividida en tres partes –los tres tiempos de la pastoral– que estarán precedidos por un preámbulo importante.

Preámbulo. ¿ Pastoral de “encuadramiento” o de “engendramiento”?

Esquemáticamente se pueden distinguir dos tipos de pastoral: una pastoral de “encuadramiento” y una pastoral de “engendramiento”.

Una parábola para nuestro tiempo: repoblar el bosque después de la tormenta

Para comprender la diferencia entre pastoral de “encuadramiento” y pastoral de “engendramiento”, yo quisiera contarles, a modo de parábola, un hecho real, que tuvo lugar en un contexto completamente distinto al de la pastoral, pero que puede ser ilustrativo para nuestro propósito.

El 26 de Diciembre de 1999, el huracán “Lothar” se abatió sobre Europa, especialmente sobre el este de Francia, con vientos de más de 150 km. por hora. Se calcula que este huracán derribó más de trescientos millones de árboles en el territorio francés. El huracán dejó una estela de muerte y desolación. Se estima que hubo alrededor de 60 muertos y algunos suicidios entre los guardabosques y propietarios que no pudieron soportar la magnitud de la catástrofe. Un guardabosque decía «El derrumbe de una catedral no es tan grave, pues la catedral se puede reconstruir; pero no así un cedro de 300 o 400 años.

Inmediatamente después de la catástrofe, las oficinas de estudios forestales prepararon programas de reforestación, proyectos de regeneración por injerto, planes de resiembra. Se trataba de aprovechar la catástrofe para reconstruir el bosque según un modelo ideal. Pero cuando los ingenieros forestales comenzaron a poner por obra sus planes, se dieron cuenta de que el bosque se les había adelantado. Pudieron comprobar que la regeneración natural avanzaba más rápidamente de lo previsto, entabando sus planes de reforestación; era evidente la manifestación de una nueva y más ventajosa reconfiguración del bosque en la que no habían pensado los reforestadores. La regeneración natural manifestaba, desde muchos puntos de vista, una mejor biodiversidad y un mejor equilibrio ecológico entre las píceas (árboles de la familia de las pináceas) y los árboles de hojas caducas. Especies que antes de la tragedia estaban prácticamente ahogadas por la tupida vegetación, reaparecían ahora. La catástrofe también fue útil para que ciertas especies animales revivieran y se expandieran.

Así pues, los ingenieros forestales pasaron de una política voluntarista de reconstrucción según sus planes, a otra más flexible de acompañamiento de la regeneración natural del bosque, tratando de comprender y de aprovechar las nuevas y más ventajosas posibilidades generadas. No se trataba de renunciar a intervenir allí donde fuera necesario, sino más bien de acompañar, con competencia y de manera activa y vigilante, el proceso de regeneración natural. Así se expresa un ingeniero forestal sobre esta actitud de acompañamiento: «Brotaban por doquier retoños de árboles de especies muy variadas. Entonces nuestro trabajo fue liberarlos delicadamente de malezas y obstáculos, acompañarlos, acoger la vida, así, natural, en lugar de creer que ella había desaparecido, o de querer implantarla artificialmente¹.

¿Encuadramiento o engendramiento?

Procedamos ahora a aplicar la parábola. Si nuestro propósito es caracterizar la pastoral de “encuadramiento” y la pastoral de “engendramiento”, lo que nos interesa, por analogía, es el cambio de actitudes del personal forestal: la manera como pasaron de una política voluntarista de reconstrucción del bosque, a una política de acompañamiento, activa y lúcida, de la regeneración en curso. ¿No tendríamos que efectuar nosotros este mismo cambio en la pastoral? ¿Pasar de una pastoral de “encuadramiento” a una pastoral de “engendramiento”?

* Una *pastoral de encuadramiento* es una pastoral que pone por obra, un “plan”. Este plan ha sido elaborado por los responsables de la pastoral y se ha de ejecutar sobre el terreno. En la pastoral de encuadramiento se define un conjunto de objetivos que deben cumplirse de acuerdo con una serie de etapas previamente planeadas. Es una pastoral que se desarrolla según el paradigma de la autoridad, y en el que prevalece el imaginario de la gestión empresarial; lo que se busca finalmente es (re)organizar la Iglesia y el mundo de acuerdo con lo que uno quiere que sean; a partir de los propios proyectos y de las propias fuerzas.

* Muy diferente es la pastoral de *engendramiento*. Esta pastoral también requiere de una organización considerada previamente por los responsables, organización que denominaremos

¹ Jean-Hugues BARTET, Diácono permanente, Ingeniero General del « Génie Rural des Eaux et des Forêts » (era el responsable de los bosques públicos de la Lorena francesa en el momento de las tormentas de 1999 y el especialista en gestión de desastres del «Office National des Forêts»).

“dispositivo”, en lugar de “plan”². Quizás en español no sea habitual utilizar la palabra “dispositivo” para hablar de la organización pastoral. Pero yo voy a valerme de este término para diferenciar la pastoral basada en un plan, en el cual los objetivos se establecen “desde arriba”, y la pastoral como dispositivo. Cuando se aplica el término “dispositivo” a la pastoral, se entiende que ésta está organizada de tal forma que es capaz de ponerse a la escucha de las aspiraciones de los pueblos, de discernir los signos de los tiempos, de apoyarse en recursos vivientes permitiendo así la novedad. Al contrario del “plan”, que es impuesto desde arriba, la función del dispositivo es “hacer posible”. Al estar a la escucha de las aspiraciones presentes, el dispositivo se pone al servicio de todo aquello que está por nacer, con competencia, discernimiento y humildad.

La pastoral de engendramiento no responde a la lógica empresarial sino, más bien, a la lógica de la emergencia. Por eso el “dispositivo” no parte del imaginario del poder que se detenta sino que busca apoyarse en los recursos que se encuentran y se manifiestan en el medio. El “dispositivo pastoral” reposa sobre la práctica de la autoridad que “autoriza”, que literalmente posibilita llegar a ser “autor” y “actor”. El “dispositivo pastoral” admite comienzos no programados de antemano pues escucha y entiende confiando en las fuerzas vitales presentes. Ponerse al servicio de todo aquello que está naciendo o por nacer, es comprender las aspiraciones, sopesar las cosas, tomarse el tiempo para concertar y deliberar; en otras palabras, es tomar decisiones que liberen, que autoricen, que permitan convertirse en autores. Es acoger y lanzar los proyectos, dando oportunidad a lo inédito, teniendo en cuenta que existen factores que no se dominan, confiando en otras fuerzas distintas a las nuestras.

De hecho, en una pastoral de engendramiento, uno acepta aquello que es condición en todo nacimiento:

- En primer lugar, que no somos nosotros los que estamos en el origen de la vida y del crecimiento.
- En segundo lugar, que siempre se engendra algo diferente a sí mismo.

En efecto, lo que nace es siempre diferente de lo que engendra. La fe de un nuevo creyente es siempre una sorpresa y no el fruto de nuestros esfuerzos, ni el resultado de tal o cual tentativa. Claro está que la fe no se transmite sin nosotros; sin embargo, no tenemos el poder de comunicarla. Nuestro deber es velar por unas condiciones que la hagan posible, comprensible, practicable y deseable. La pastoral trabaja para que se den esas condiciones favorables. El resto es asunto de gracia y de libertad.

Por lo que se acaba de afirmar, se puede decir que la pastoral de engendramiento se inscribe en la óptica **evangélica de la siembra**. Las parábolas del Evangelio referentes a la siembra son muy adecuadas para comprender dicha pastoral. En primer lugar, la imagen de la semilla nos sitúa en la dinámica del (re)comenzar, en la de esas preguntas simples y elementales que surgen en la existencia y que pueden producir grandes frutos, como el grano de mostaza que se vuelve un gran árbol (Mt 13, 31). Asimismo, la pastoral de engendramiento tiene casi siempre que ver con preguntas simples, elementales, que son preguntas por el sentido último y que, al mismo tiempo, son decisivas para la vida. Y así como la siembra necesita sembradores, la actividad misionera necesita de testigos. Pero el que siembra no es quien hace crecer ni quien recoge los frutos de la cosecha: «El sembrador salió a sembrar. Si duerme o se levanta, de noche o de día, el grano brota y crece sin que él sepa cómo» (Mc 4, 26-27). Y la cantidad y la calidad de los frutos de la cosecha serán siempre inesperados. De esta forma, las parábolas de la siembra también nos recuerdan que la evangelización no se

² Yo no me opongo, sin embargo, al uso habitual de la palabra “plan”, si el sentido de dicho término incluye las características de un “dispositivo”, tal como lo voy a detallar a continuación.

efectúa según el régimen de la productividad que uno maneje, sino de la emergencia en la que uno sirve. En la pastoral de engendramiento el testigo está llamado a eclipsarse para dejar aparecer algo diferente a él mismo. Su movimiento vital no se detiene, pero parecería que él se ocultara para poder ponerse al servicio de la vida y dejar que ésta se manifieste como algo siempre nuevo, inesperado, imprevisible... Como algo que va más allá de él mismo. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). En una pastoral de engendramiento es necesario saber tener paciencia, no apresurarse a terminar inmediatamente, aceptar que a veces surgen situaciones que se entremezclan, no ahogar los buenos brotes con el pretexto de que van a mezclarse con las malas hierbas. «No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega» (Mt 13, 29-30).

De aquí en adelante mi exposición adoptará la perspectiva de una pastoral de engendramiento y no de encuadramiento. El asunto será poner por obra un “dispositivo” pastoral y no el de aplicar un “plan”.

Un dispositivo pastoral en tres tiempos

Me parece que un dispositivo pastoral se puede pensar fundamentalmente en tres tiempos. Estos tres tiempos no se suceden en el desarrollo del dispositivo como si el uno tuviera que agotarse para continuar con el otro. Se trata más bien de tiempos lógicos o de ejes que se articulan entre sí constantemente.

En la siguiente tabla se presentan estos tres tiempos.

1	Humanización en el Espíritu del Evangelio	Pastoral de la figuración
2	Anuncio del Evangelio y proposición de la fe	Pastoral del desvelamiento de las figuras
3	Acompañamiento del despertar a la fe y de su maduración	Pastoral de la transfiguración

Esta forma de articular la pastoral en tres tiempos lógicos es compleja para realizar, pero relativamente simple para comprender. En primer lugar, se trata de participar en la génesis del hombre, de humanizar el mundo según los valores del Evangelio. Se trata fundamentalmente de servir a la humanidad, de promover la vida. En un segundo tiempo, el anuncio explícito del Evangelio va a injertarse sobre la base de esta humanización, como un anuncio que desvela el sentido y el fin de nuestra existencia a la luz de Jesucristo. Finalmente viene un tercer tiempo, en el que se da el acompañamiento de quienes se han dejado cuestionar por el mensaje del Evangelio y están creciendo en la fe.

Esta misma dinámica pastoral en tres tiempos puede también expresarse como un movimiento de *figuración*, *de desvelamiento de las figuras* y *de transfiguración*. Voy a explicarlo brevemente. ¿Qué se entiende por el término “figura”? El término “figura” se deriva de la retórica clásica y designa una palabra, una expresión, un signo que tiene doble sentido: por una parte el sentido literal, y por otra el sentido figurado. Si, por ejemplo, yo digo “Ya está muy tarde”, el sentido literal corresponde a la información inmediata que estoy dando sobre la hora. El sentido figurado podría ser “es tiempo de partir” o “yo estoy cansado”. No se pasa automáticamente del sentido literal al sentido figurado. Puede ser que yo no entienda el sentido figurado. El paso del sentido literal al sentido figurado es libre y

supone una interpretación. La figura invita a la búsqueda, al desvelamiento del sentido profundo. Expliquémoslo con un ejemplo del Evangelio: «Los ciegos ven, los cojos andan» es una figura del Reino de Dios que se aproxima. La figura de la curación debe interpretarse y enunciarse como la llegada del Reino de Dios (sentido figurado). Leer el sentido figurado supone un trabajo de interpretación en un contexto dado. En esta óptica, la pastoral puede ser considerada como la diseminación de figuras del Evangelio en la sociedad; como un desvelamiento (una revelación) del sentido figurado y, en definitiva, como un acompañamiento en la apropiación intelectual y existencial del sentido figurado. Esta etapa se puede llamar transfiguración.

Pasemos ahora a considerar cada uno de los tres momentos de la pastoral.

1. Humanización en el Espíritu del Evangelio. Pastoral de la figuración: reconocimiento y diseminación de figuras evangélicas en la sociedad.

El primer tiempo de la pastoral consiste en identificar y en diseminar en la sociedad las figuras del Evangelio. Ésta es una tarea que puede desarrollarse de tres formas:

- Ante todo es necesario identificar en el entorno social los comportamientos, los hechos, las actitudes que pueden figurar el Evangelio.

- Pero no basta con reconocer las figuras evangélicas presentes en la sociedad; también es necesario promoverlas mediante compromisos específicos en unión con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

- Por último, la Iglesia ha de ser en sí misma una figura del Evangelio orientando toda su actividad, sus actitudes y su manera de funcionar hacia la humanización que está al servicio de la vida.

Veamos ahora cada una de estas tres formas.

1.1. En asuntos humanamente significativos, identificar las figuras del Evangelio ya presentes en el campo social. «Él irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis» (Mt 28,7).

La primera actitud que la Iglesia ha de mantener en su misión pastoral no es la de aportar al mundo lo que éste no tiene, sino más bien la de salir a su encuentro en «la Galilea de las naciones» para reconocer allí las huellas de Cristo resucitado latentes en los corazones. De hecho, la fe es esencialmente un acto de reconocimiento de lo que ya ha sido secretamente comunicado en la existencia. En otras palabras, el mundo siempre está siendo engendrado a la vida divina y, en él, la Palabra de Dios está ya a la obra. Este movimiento implica que la Iglesia, humildemente, se deje evangelizar por las figuras del Evangelio que puede reconocer actuantes en el mundo. Jesús tenía esta capacidad para aprender. Él aprendió las actitudes de las bienaventuranzas mirando cómo estaban presentes en la vida de los pobres de espíritu, de los misericordiosos, de los artesanos de paz. De la misma forma, nosotros debemos dejarnos instruir, como Iglesia que somos, por los comportamientos evangélicos que podemos observar en la vida de la gente con la que nos encontramos. Para la Iglesia esto supone mantener una actitud de aprendizaje y tener la capacidad para aprender del mundo donde el Espíritu de Cristo nos precede y nos habla de una manera que puede sorprendernos.

1.2. Promover las figuras del Evangelio en el campo social: comprometerse, en nombre del Evangelio, con todos los hombres y mujeres de buena voluntad en la “diakonía” por un mundo más humano.

Pero, para dejar hablar la Palabra de Dios hoy, la tarea de los cristianos no es sólo reconocer las figuras del Evangelio actuantes en la sociedad; también les corresponde promoverlas, comprometiéndose con todos los hombres de buena voluntad en la construcción de un mundo más humano que pueda figurar el Evangelio. En virtud de su fe, en el amor de Dios, los cristianos tienen el deber de promover en la sociedad, de todas las formas posibles, los valores evangélicos y, en consecuencia, deben luchar contra todo lo que “desfigura” a los seres humanos.

La diaconía –el servicio gratuito al mundo en nombre del Evangelio– tiene aquí una prioridad absoluta y constituye un fin en sí mismo. La opción preferencial por los pobres, tan querida al continente latinoamericano, es un imperativo fundamental e ineludible. En efecto, como depositaria de un mensaje de amor incondicional y gratuito, la Iglesia, está “ordenada”, primera y prioritariamente, a prestar este servicio a la humanidad, sin proselitismo ni eclesiocentrismo.

Así pues, la misión de la Iglesia radica en comprometerse prioritariamente allí donde se encuentran la pobreza, el sufrimiento, la exclusión y la desesperanza. Su misión es la de implicarse en forma creativa en la instauración y/o restauración de unas relaciones justas entre los sexos, entre las clases sociales, entre los diversos grupos de edad, entre las culturas, entre las naciones, entre las religiones y con la misma naturaleza. Con este propósito es imperioso promover investigaciones rigurosas, y propiciar y realizar gestos simbólico-proféticos que sean dicentes y que interpelen las conciencias.

Es por medio de estos compromisos que se construye la amistad entre la Iglesia y el mundo. Recordemos el imperativo evangélico: hacer amigos con inteligencia y habilidad, para ir acumulando un tesoro de reconocimiento mutuo. No lo olvidemos: la autoridad de la Iglesia reposa en el reconocimiento que los hombres y las mujeres de hoy, y los pobres en particular, hagan de los compromisos eclesiales relacionados con el servicio a la humanidad.

1.3. Hacer de la comunidad cristiana una figura evangélica, no sólo por su compromiso con el mundo, sino también por su *manera de ser comunitaria*: la “*koinonia*” fraternal en nombre del Evangelio.

En fin, la tercera forma de diseminación de las figuras del Evangelio en la sociedad se da cuando la Iglesia, por su vida, por su funcionamiento se constituye en una figura del Evangelio.

La exigencia aquí es construir la Iglesia en la reciprocidad, en el reconocimiento de la igual dignidad de todos sus miembros, en el ejercicio del poder ajustado y orientado hacia el servicio, hacia el pleno desarrollo humano de todos sus miembros, de tal forma que se pueda reconocer que ser cristiano es un auténtico camino de humanización

La credibilidad de la Iglesia reside en la excelencia de las cualidades relacionales que promueve y en la justeza del ejercicio del poder en el seno de la estructura eclesial. Asunto crucial éste, especialmente en Europa, donde la imagen de la Iglesia, particularmente la de su funcionamiento jerárquico, está muy deteriorada. Vale la pena aquí traer a cuento las palabras del Evangelio: «Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve.» (Lc 22,

25-26). En este sentido, la autoridad al interior de la Iglesia debería pensarse como ese principio que autoriza, permite, posibilita llegar a ser “actor” y “autor”. Los lugares de autoridad también deberían concebirse como plurales. Entre los lugares de autoridad en la Iglesia están: las Escrituras, el Magisterio, el *sensus fidelium*, la conciencia personal, las leyes morales, la voz de los pobres, las ciencias. Todos estos lugares de autoridad son términos que interactúan entre sí y que se relativizan, sin que ninguno de ellos esté en la cúspide, precisamente para dejar lugar al Espíritu. Construir una Iglesia donde los personas tengan posibilidad de hablar, donde todos y todas sean reconocidos como sujetos con igual dignidad, es ser una figura del Evangelio en el mundo de hoy. En el fondo, se trata de garantizar, en el seno mismo de la Iglesia, una vida fraterna y un funcionamiento institucional—*la koinonia*—, que puedan vivirse, leerse y ser reconocidos como humanizantes. Porque es en la excelencia de lo humano donde pueden verse las huellas de lo divino.

Las tres formas de figuración del Evangelio que acabo de explicar – reconocer las figuras del Evangelio en la sociedad, promoverlas en el entorno social, vivirlas en Iglesia – constituyen, por sí mismas, un servicio a la vida. Incluso si el Evangelio no se ha enunciado aún explícitamente, la vida que viene de Dios está ahí en gestación, está surgiendo. El Espíritu de Dios ya está ahí. El Reino está próximo. Son figuras del Evangelio en acto y, por ser humanizantes, son desde ahora un fin en ellas mismas, un fin en sí, una gracia, un engendramiento a la vida de Dios.

Pero, en una lógica de gratuidad, como por exceso, las figuras han de ser desveladas explícitamente y revelar su sentido figurado. Entramos pues en el segundo tiempo de la pastoral: el desvelamiento del sentido figurado, el anuncio explícito del mensaje del Evangelio y de la revelación divina.

2. El anuncio explícito del Evangelio: la pastoral del desvelamiento de las figuras

Voy abordar aquí el segundo tiempo de la pastoral: el anuncio explícito del Evangelio que va a injertarse en la humanización en nombre del Evangelio. El anuncio del Evangelio es, de hecho, el desvelamiento de lo que ya nos ha sido dado secretamente en la existencia y que es figurado por el amor. El anuncio del Evangelio va a desvelar el misterio del amor de Dios entregado y manifestado en Jesucristo. La fe, de hecho, siempre es el reconocimiento de una gracia que nos ha sido ya ofrecida.

Puesto que tal es el tema de nuestro congreso, vamos a plantear específicamente “el primer anuncio”, es decir, el anuncio misionero dirigido a quienes están lejos de la fe o se han alejado de ella. Hablaré del primer anuncio, siendo muy consciente, eso sí, de que este anuncio está destinado siempre a todos los cristianos que, día a día, están llamados a renovar su adhesión a Cristo.

Para entender el concepto de “primer anuncio”, voy a plantear una serie de preguntas: ¿Por qué el primer anuncio? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Para quién?, etc. En total diez preguntas que nos permitirán comprender mejor y, paso a paso, dicho concepto.

2.1. El “primer anuncio”: ¿por qué hoy?

¿Por qué se habla hoy en el contexto eclesial de anuncio y, en particular, de primer anuncio? En Europa, es el *Texto nacional para la orientación de la catequesis en Francia*³ el que ha popularizado la noción de “primer anuncio”. En el período de la cristiandad se hablaba poco de anuncio del Evangelio. La fe se daba por sentada pues hacía parte del contexto social y, por lo tanto, se transmitía en el ambiente y la cultura. En ese tiempo no se hablaba de anuncio, sino más bien de enseñanza, de instrucción, de doctrina o de catecismo. Pero, en la sociedad secularizada, en la que la fe ya no puede darse por sentada, es necesario repensar todo el proceso misionero y considerar el anuncio de la Buena Nueva. «La fe viene de la proclamación» (Rm 10, 17). La secularización de la sociedad actual reactiva la vocación misionera de la comunidad cristiana. De aquí la problemática que emerge en nuestros días con la nueva evangelización, con el anuncio misionero que busca la conversión a Cristo.

2.2. El primer anuncio: ¿siempre primero?

Es conveniente recordar que el primer anuncio nunca se hace en un terreno virgen, donde no existan representaciones de Dios, de la fe o de la vida cristiana. Que lo queramos o no, en la sociedad siempre hay representaciones más o menos desarrolladas, más o menos adecuadas de la fe cristiana. En una exposición anterior, yo expliqué que, muy a menudo, las representaciones que habitan el espíritu de las gentes pueden ser psicológicamente poco equilibradas, erróneas, desarticuladas o culturalmente no significativas. Es decir, que el primer anuncio se hace en un terreno ya habitado por representaciones anteriores, y siempre se corre el riesgo de que éste sea comprendido e interpretado a la luz de dichas representaciones. Esto también quiere decir que, con mucha frecuencia, el primer anuncio deberá estar acompañado de un trabajo de cuestionamiento y de transformación de las representaciones anteriores. Generalmente las representaciones están profundamente ancladas en la mentalidad de la gente; por eso, al tratar de cambiarlas, se puede entrar en una etapa de inestabilidad, de inseguridad y de serios cuestionamientos. Momentos que nunca son fáciles, que implican un gran desgaste y que requieren de un acompañamiento. En otras palabras, el anuncio de la fe supondrá, la más de las veces, el involucrarse en un trabajo de aprendizaje y también de desaprendizaje de las representaciones anteriores.

2.3. El primer anuncio: ¿para quién?

El primer anuncio está destinado a quienes no tienen fe o se han alejado de ella, o bien, a aquellos que están en una situación de perplejidad, de incertidumbre o que contemporizan. Estar alejado de la fe o dudar no significa que se esté alejado de Dios. Personas distanciadas de la fe pueden estar en total sintonía con las bienaventuranzas del Evangelio y, por consiguiente, vivir en la dinámica del Reino de Dios. También se da el caso de quien toma distancia de la fe, distanciamiento que puede ser un tiempo de maduración espiritual y de reencuentro con Dios. En todo caso, Dios jamás está lejos del hombre. Y, fieles a nuestra vocación cristiana, hemos de acercarnos a todos sin excepción.

2.4. El primer anuncio: ¿para qué?

La finalidad del primer anuncio es favorecer, facilitar los primeros pasos en la fe. Como lo dicen los obispos franceses, «el primer anuncio es una invitación a creer y conduce al umbral donde la conversión es posible. El primer anuncio enciende el deseo, invita a recorrer un camino de fe, suscita el interés, pero sin esperar que la persona a la que se dirige esté ya

³ Conférence des Evêques de France, *Texte National pour l'orientation de la catéchèse en France*, Cerf, Bayard, Fleurus-Mame, Paris, 2009.

decidida a marchar en el discipulado⁴. El primer anuncio es ese anuncio que invita a dar los primeros pasos en la fe. Su propósito es la conversión a Cristo. Nosotros no tenemos el poder de transmitir la fe, pero sí tenemos la responsabilidad de quitar los obstáculos y de crear todas las condiciones que la hagan posible. Pero, ¿cómo hacer posible la fe, sino es, ante todo, dándola a conocer?

2.5. El primer anuncio: ¿por qué?

El primer anuncio es, en primer lugar y antes que nada, un acto de caridad que tiene lugar en un ambiente donde reina y se puede experimentar el amor cristiano. El primer tiempo de la pastoral, del que ya hemos hablado, genera este ambiente pleno de calor humano, de bondad y caridad. Y es aquí donde puede germinar el primer anuncio que, en sí mismo, es un acto de caridad. Acción caritativa con la cual uno le ofrece, a quien acoge el anuncio, lo mejor que tiene y, por consiguiente, lo mejor que uno espera para él. Es esta misma caridad la que nos apremia a anunciar el Evangelio. Es el amor de Cristo por cada ser humano el que nos urge a anunciarle este amor. El “otro” también tiene derecho a saber que existe este gran amor; por derecho, él es el destinatario de la Buena Noticia. Por lo tanto, dar testimonio del amor que se ha manifestado en Jesucristo es una necesidad para el cristiano. «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!», dice San Pablo (1Co 9,16). Este anuncio, como acto de caridad, es un fin en sí mismo y una necesidad, cualquiera que sea la respuesta del otro.

El primer anuncio es necesario, no obstante requiere de un espacio de gratuidad. La fe cristiana, en efecto, no es pasaje obligado para ser engendrado a la vida de Dios y hacer parte de su Reino. La salvación no está limitada a los cristianos; tengamos siempre presente que Dios puede y quiere salvar más allá de la comunidad cristiana. Así pues, aunque la fe cristiana no es necesaria para ser engendrado a la vida de Dios, aparece sin embargo como radicalmente preciosa por todo lo que permite conocer y reconocer, vivir y celebrar desde ahora. En efecto, la fe cristiana, transfigura la vida: hace de nosotros nuevas criaturas, nos trae nuevas razones de gozo y motivos inéditos para comprometernos. En todo caso, el anuncio de la fe no es sólo para que el “otro” sea salvado –Dios puede salvar sin la fe cristiana–; pero sí para que el “otro” pueda reconocer desde ahora que él también es amado y está salvado en el amor de Dios; que él está en comunión con el Padre y con nosotros para que tanto su gozo como el nuestro sean así completados. «Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también estéis en comunión con nosotros, Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos estas cosas para que nuestra alegría y (la vuestra) sea completada (1Jn 1, 3-4).

2.6. El primer anuncio, ¿cómo?

El primer anuncio puede hacerse de múltiples formas. Puede hacerse en forma *narrativa* y *testimonial* cuando el testigo cuenta su propia historia y despierta el vivo deseo de creer. En este caso, el primer anuncio se materializa en un relato de vida. Puede tomar una forma *kerygmática* cuando el testigo enuncia la fe cristiana de manera breve pero, a la vez, en forma inteligente y cordial. Puede tomar una forma *expositiva*: un catecismo para adultos o una obra teológica que van a constituirse en el primer contacto con la fe y a suscitar el deseo de creer. También existe una forma *dialógica* (o *apologética*) del primer anuncio, cuando el testigo, en el cuadro de un debate debidamente argumentado, se esfuerza en dar razón de la fe. El primer

⁴ Conférence des Evêques de France, *Texte pour l'orientation de la catéchèse en France*, Bayard, Cerf, Fleurus-Mame, Paris, 2006, p.29

anuncio también puede realizarse en un marco *litúrgico*; de hecho la liturgia de los cristianos es a menudo frecuentada por personas que están lejos de la fe y, entonces, la celebración puede hacer el papel de primer anuncio. Por último, existe una forma *cultural* para el primer anuncio. La conservación en el campo cultural de la memoria del cristianismo, de las huellas de su historia, de su patrimonio artístico, de sus valores éticos, del tesoro de su espiritualidad, de su reflexión filosófica y teológica, la cual permite que cualquier persona pueda entrar en contacto con la tradición cristiana para buscar y escudriñar en ella libremente, e incluso para hacerla suya.

2.7. El primer anuncio: ¿de qué?

Este punto se refiere al contenido del primer anuncio. Se trata de ver cuál es el contenido que se va a anunciar en primer lugar. Tres parámetros pueden intervenir en la respuesta a esta pregunta; los dos primeros son subjetivos, el tercero es objetivo. El primer parámetro subjetivo se refiere a los cuestionamientos del destinatario. ¿Cuáles son sus preguntas? ¿En qué situación se encuentra? En función de sus preguntas y cuestionamientos o de su situación se va a determinar el contenido de la fe que se le va a enunciar en primer lugar. Aquí hay una adaptación al destinatario. Se puede comprender que, en este caso, el primer anuncio tiene lugar en el curso de una conversación que se desarrolla en los caminos de la vida. El segundo parámetro subjetivo se refiere al testigo. ¿Cuáles son los contenidos de la fe importantes para él y que considera que deben ir en primer lugar? El tercer parámetro es objetivo. Objetivamente, ¿qué es lo primero y fundamental en el mensaje cristiano? ¿Cuáles son las afirmaciones esenciales del cristianismo que condicionan una primera y justa comprensión de su mensaje?

En lo concerniente al primer anuncio, no es inútil distinguir la predicación de Jesús de la predicación sobre Jesús. La predicación de Jesús estaba centrada por entero en las bienaventuranzas, en el Reino de Dios que estaba próximo y en el reconocimiento de un Dios Padre que permite esperar contra toda esperanza y aún lo inimaginable. La predicación sobre Jesús se centra en el misterio pascual, en su muerte y su resurrección, en su identidad de hijo de Dios y salvador de la humanidad. Es el kerigma pascual. Estas dos predicaciones, la de Jesús y la predicación sobre Jesús no se pueden separar. La una se puede escuchar en el terreno de la otra y viceversa: el kerigma pascual no es comprensible sin el kerigma de la acción de Jesús. También el testigo debe poder articularlas estrechamente, considerando cada vez, según las circunstancias, la mejor manera de abrir la inteligencia al mensaje cristiano.

Existen pues diversas formas para acceder por primera vez a la inteligencia de la fe. Acabo de citar dos: la predicación de Jesús centrada en el Reino y la predicación sobre Jesús muerto y resucitado (el kerigma pascual). Pero también hay otros contenidos para el primer anuncio. Por ejemplo, la consideración de la vida cristiana como alianza fraterna y filial, alianza que es más fuerte que la misma muerte. En este caso, el objeto del primer anuncio es la temática de la alianza entre nosotros y con Dios. O también la consideración de la vida cristiana como una vida de fe, esperanza y caridad. El objeto del primer anuncio aquí es la dinámica espiritual de la vida cristiana. Está el Credo que se presenta a la inteligencia de la fe como misterio de la comunicación *en* Dios (la Trinidad), *de* Dios (la historia de la salvación) y *según* Dios (la vida humana en el Espíritu de Dios). En este caso, la aproximación al primer anuncio de la fe es de tipo dogmático. En resumen, vemos que existen diversos caminos para abordar por primera vez los contenidos esenciales de la fe. Repito de nuevo los que he mencionado: la predicación de Jesús, la predicación sobre Jesús, la vida cristiana en Iglesia, la vida espiritual, el Credo.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la enunciación de la fe exige coherencia orgánica, integralidad e integridad, es necesario velar para que, cualquiera que sea la forma de abordar por primera vez los contenidos de la fe, el primer anuncio permita, en posteriores desarrollos, encontrar y mantener dichas exigencias de manera simple pero sin simplismos. «Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto» (1P 3, 15-16), dice la primera carta del Apóstol Pedro. En esta frase se encuentran dos criterios esenciales del primer anuncio. La “credibilidad” del enunciado, es decir, el rigor intelectual que debe caracterizarlo, pero también la “amabilidad” en la forma de hablar y la delicadeza en la forma de enunciarlo.

2.8. El primer anuncio, ¿por quién?

¿Quién hace el primer anuncio? En primer lugar, las personas. Si la fe es una adhesión personal, ¿cómo podría transmitirse sin una relación persona a persona? Hoy, más que nunca, el encuentro personal es determinante en los primeros pasos de la fe.

Las comunidades también son portadoras del primer anuncio con su estilo de vida, con su espíritu, con sus reuniones, sus celebraciones, sus proyectos y con sus compromisos por la sociedad. Las comunidades están llamadas a ser, en sí mismas, un primer anuncio para su ambiente social, tanto por su estilo de vida como por su manera de ser.

Las instituciones eclesiales, como tales, también son responsables del primer anuncio, no sólo por su discurso en la plaza pública, sino también por su modo de gobernar y de funcionar. El funcionamiento de las instituciones está llamado a dejarse modelar por el espíritu evangélico.

Por lo dicho anteriormente, las personas, las comunidades y las instituciones se enfrentan hoy al reto de colaborar conjuntamente para mostrar sin distorsiones a nuestros contemporáneos que la fe cristiana es posible, comprensible y deseable.

2.9. El primer anuncio: ¿dónde?

¿Cuáles son los lugares del primer anuncio?

Entre los lugares para el primer anuncio está, ante todo, el espacio social: los lugares de sociabilidad, los sitios donde transcurre la vida, aquéllos donde las gentes pueden aproximarse y encontrarse, los espacios para el tiempo libre, los sitios de trabajo, los lugares culturales y de formación, los espacios mediáticos. En todos estos lugares se presentan dos desafíos pastorales: por una parte, la necesidad de favorecer una cultura del debate, de la búsqueda de sentido, que estén abiertas al diálogo y a la diferencia, con el propósito común de lograr una mayor humanización. Por otra parte, se trata de desarrollar una pastoral cultural cuya finalidad sea conservar la memoria cristiana en el seno de la cultura, para que la tradición cristiana permanezca como un recurso disponible, como un principio de alteridad y como una propuesta que se ofrece a la libertad personal.

Por otra parte, los lugares eclesiales también deberían ser espacios para el primer anuncio, siempre y cuando, conformes con Evangelio, sean permeables y acogedores para el entorno social. Las celebraciones de las comunidades cristianas, sus actividades caritativas y culturales, sus compromisos humanitarios, sus espacios de formación y para el compartir, ¿no podrían abrirse voluntaria y concertadamente a quienes simpatizan con el mensaje cristiano o a cualquier huésped que esté de paso, en un espíritu de fraternidad incondicional, sin censura ni proselitismo?

2.10. El primer anuncio: ¿cuándo?

«Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo» (2 Tm 4, 2), diría San Pablo. Sin embargo, no es conveniente que el anuncio se convierta en un tormento o amenaza moral. Retomando la expresión de la Primera carta de Pedro, el primer anuncio siempre ha de hacerse con “dulzura y respeto”. Como lo indica la sabiduría judía, muchas veces y según las circunstancias, habrá también que esperar con paciencia a que surja una pregunta para entonces poder responder: «Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿Qué son estos estatutos, estos preceptos y estas normas?”, dirás a tu hijo: “Éramos esclavos de Faraón en Egipto, y el Señor nos sacó con mano fuerte» (Dt 6, 20-21).

Termino esta reflexión sobre el primer anuncio, recordándoles que el primer anuncio nunca es el primero. Siempre lo preceden el amor de Dios y la práctica de la caridad pastoral (la diaconía). Desde este punto de vista, el imperativo principal de la evangelización es la tradición de la caridad: la preocupación por los pobres, la atención a los que sufren, el combate por la justicia, el compromiso por un mundo más humano. Estas exigencias de la caridad se constituyen en el compromiso más importante que, como un fin en sí mismo, han de asumir los cristianos en razón de su fe. Y es por añadidura que en esta tradición de la caridad cristiana va a injertarse el anuncio explícito del Evangelio. Por eso, el anuncio de la Buena Noticia es indisoluble de la práctica de la caridad que lo precede. El anuncio del Evangelio manifiesta de por sí esta caridad. Porque cuando el testigo anuncia la Buena Nueva de Cristo, le ofrece al “otro”, con amor, lo mejor que tiene. El testimonio que él da, bajo la mirada de Cristo, no es para lograr en primer término su conversión; más bien, es para darle a conocer, gratuitamente, el amor con el que es amado. En este sentido, el primer anuncio no tiene como fin principal la conversión del “otro” para que pueda salvarse, aunque su salvación pueda esperarse; la finalidad principal del primer anuncio es el ejercicio de la caridad. Y si la esperada conversión se da, con todo lo que permite vivir y celebrar, entonces será, para los unos y los otros, motivo de acción de gracias y de mayor gozo.

Con todo, se debe tener en cuenta que el primer anuncio, de momento, no es más que una interpelación, una pregunta para aquél que lo recibe. El anuncio no requiere una respuesta inmediata. Más bien permite preguntarse, interrogarse. Para ello es importante crear un ambiente favorable donde sea posible el acompañamiento y el compartir.

3. La pastoral de la transfiguración. Tres condiciones favorables para la apropiación y la maduración de la fe.

Hemos llegado al tercer tiempo de la pastoral. Más arriba la he denominado pastoral de la transfiguración. Es el tiempo en el que se hace camino, en el que se apropia y se madura la fe.

El efecto inmediato del primer anuncio no es suscitar la fe. En realidad, el primer anuncio suscita un cuestionamiento, provoca una interpelación. Cuestiona y pone en movimiento. “Y usted, ¿qué dice?”, “Para ustedes, ¿quién soy yo?”, “¿Qué les parece?” Responder estas preguntas toma su tiempo. Creer en Jesucristo, en la cultura secularizada de hoy, no es algo espontáneo. La fe es un trabajo, un alumbramiento, un camino que puede ser difícil y lento, que se mueve entre la credulidad y la incredulidad. En el actual contexto secularizado, la fe es siempre una travesía de dudas y resistencias. De aquí la necesidad de un acompañamiento. Como pastores, nosotros tenemos que reconciliarnos con las dificultades que la gente tiene para creer, con las resistencias que se van a encontrar. Con dulzura y respeto, como en el acompañamiento catecumenal, debemos aceptar la lentitud del caminar de cada persona, sin

quemar etapas, sino tratando de crear y mantener las mejores condiciones para la apropiación y la maduración de la fe. Veamos cómo.

Quisiera referirme aquí a tres condiciones que me parecen esenciales para favorecer el acceso a la fe, para su apropiación y maduración después del primer anuncio. Nosotros no tenemos el poder de transmitir la fe. Pero nuestra responsabilidad sí es la de crear las condiciones que la hacen posible, inteligible y deseable. Detengámonos en cada una de estas condiciones esenciales

3.1 Un entorno fraternal: la cultura de la hospitalidad en nombre de Jesucristo

Para los cristianos, la tradición de la caridad está siempre en primer lugar. Siempre estamos precedidos por el amor que Dios nos ofrece. La fe es el reconocimiento del amor que ya nos ha sido dado por Dios. Por esta razón, tanto el anuncio de la fe como su acompañamiento requieren de un ambiente donde reine la caridad. En la tradición catecumenal, cuando una persona se presenta para pedir el bautismo, uno no comienza por enseñarle las verdades de la fe, sino que se preocupa, ante todo, por crear un ambiente fraternal en el que la persona se pueda apoyar para caminar en la fe. De aquí la importancia fundamental de la calidad relacional del acompañamiento. ¡No hay transmisión de la fe sin una comunidad fraternal! ¡No hay acompañamiento en la fe sin hospitalidad recíproca!

Nuestras comunidades cristianas, por lo tanto, están llamadas a desarrollar una cultura de la hospitalidad en nombre de Jesucristo. Jesús manifestaba una “santidad hospitalaria”, una presencia hacia el otro que era, cada vez y para cada uno, como un acontecimiento que “renovaba y hacía resplandecer” la vida⁵. La hospitalidad es el arte de hacer amigos, de hacer del extranjero un huésped, de construir una amistad con quien sea. Hospitalidad mutua con a la vez proximidad y prudencia, dulzura y respeto, según la expresión de la ya citada carta de Pedro. La hospitalidad es siempre recíproca. Huésped es una palabra que designa tanto al que recibe como al que acoge. De hecho, la hospitalidad implica que uno pueda acoger en su casa, pero también que uno pueda llegar al hogar del otro confiado en su capacidad de acogida. El Evangelio no sólo nos dice: “Acoged bien”, sino que nos invita a desplazarnos hacia el otro para ser acogidos por él, para ser sus huéspedes: «Zaqueo, hoy me conviene quedarme en tu casa» (Lc 19, 5). «Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí» (Mc 6,10). «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe» (Mt 10, 40). «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). La hospitalidad ofrecida, tanto como la recibida, se constituyen para los protagonistas en un principio de apertura, en una historia que comienza, en mestizaje en la libertad. Es esta hospitalidad recíproca la que ofrece las mejores condiciones para el acompañamiento y para el caminar en la fe.

La hospitalidad fraterna de la que acabo de hablar se puede vivir en diferentes niveles. Pero es importante que los distintos niveles conformen un tejido coherente. Echemos un breve vistazo a los distintos niveles en los que se puede vivir la hospitalidad en nombre de Cristo. En los últimos años se ha descubierto nuevamente la virtud que tienen las grandes concentraciones que permiten a los jóvenes hacer la experiencia de encuentros en nombre de Cristo, más allá de las fronteras geográficas, lingüísticas o culturales. También se ha vuelto a

⁵ Cfr. Christoph Theobald, *Le christianisme comme style, Une manière de faire la théologie en postmodernité*, 2 volumes, collection « Cogitatio Fidei », n°260, Cerf, Paris, 2008.

⁵ *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France*, p. 33. ».

descubrir la importancia de los movimientos y de las redes interpersonales que no están ligadas a un territorio determinado. Los grupos de Taizé, por ejemplo, (llamados así por el monasterio ecuménico de Taizé en Francia) y los encuentros que estos grupos organizan en Europa y en otras partes del mundo, que, para muchos jóvenes son la ocasión de vivencias que marcan profunda y perdurablemente su experiencia humana y su camino espiritual. También se pueden mencionar las rutas de peregrinaje que a menudo son lugares para el encuentro. Muchas personas (jóvenes y personas de todas las edades), emprenden el camino, por ejemplo hacia Santiago de Compostela en España. Y este recorrido, que muchas veces se comienza en son de aventura, sin saber a ciencia cierta lo que se quiere o lo que se busca, se convierte de improviso, al cabo de los días, de encuentros y conversaciones, en un caminar intenso e inesperado y en senda de maduración humana y espiritual. También las comunidades parroquiales locales son espacios de encuentro fraterno en nombre de Jesucristo; pero, en la vieja Europa, muchas parroquias también han envejecido. Los jóvenes han desertado de estos sitios, se han ido a otros lugares, sin esperanza de retorno. En efecto, es a nivel parroquial que la crisis del cristianismo se siente con mayor crudeza en Europa. Sin embargo, ciertas comunidades parroquiales son asombrosamente dinámicas, puesto que en ellas se viven relaciones fraternales entre las personas de distintas edades, de culturas y de origen étnico diferentes, relaciones que se irradian en la liturgia y que le dan vida y consistencia. Mencionemos también las relaciones persona a persona como otro lugar de fraternidad. La pastoral eclesial ha privilegiado la dinámica grupal y comunitaria, sin duda fundamentales. Pero no se debería olvidar la dinámica interpersonal. Hoy, en una sociedad secularizada y pluralista, existen muchos caminos, todos singulares. De aquí que se deba dar una atención especial a la persona, como sujeto único. Por eso la importancia del coloquio singular, de la dinámica conversacional entre personas, en la cual un “yo” se dirige a un “tú” que le responde como “yo”. Hoy, el camino de fe requiere, las más de las veces, de estos espacios de conversación personal, de gran proximidad, pero también de inmenso respeto. El padrino personalizado encuentra aquí una oportunidad grande. *El texto nacional para la orientación de la catequesis en Francia*, habla a este propósito de la importancia del papel de los “mayores” en la fe. «Es bueno, dice el texto, que una comunidad cristiana desarrolle el padrino entre aquellos que son mayores en la fe y los nuevos creyentes»⁶. “Mayores en la fe” designa a personas de referencia, personas de confianza que pueden ser un punto de apoyo, un estímulo, una guía en el camino personal de la fe. En la vida hay momentos decisivos, como el paso de una etapa a otra, que requieren una presencia amistosa. «La presencia de un mayor en la fe en estas encrucijadas de la vida, es a veces crucial, como lo decía el teólogo Christoph Theobald en la concentración Ecclesia en Lourdes en 2007. Él puede suscitar, e incluso restablecer la confianza en la vida, pero sin nunca sustituir al otro. Entonces, sucede que el beneficiario de esta presencia vuelve su mirada hacia el mayor en la fe, y se pregunta quién es esta persona que lo acaba de engendrar en la confianza, es decir en su propia fe. Y es así que el beneficiario se deja interpelar por el compromiso gratuito de este compañero de ruta y se pronuncia finalmente sobre la identidad del “iniciador” en la fe que no es otro que Cristo mismo»⁷.

La fe en Jesucristo es eminentemente personal. Con frecuencia, y gracias a encuentros fraternos interpersonales, se toma la decisión de seguir definitivamente a Jesucristo. El papel que desempeña un mayor en la fe es despertar en su acompañado la fe en él mismo, la fe en la vida y, finalmente, la fe en Cristo, mediante el diálogo amistoso.

⁶ *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France*, p. 33. ». Ver también el número de *Tabga*, « être aîné dans la foi », n°18, 2008.

⁷ Christoph Theobald, « A l'école du Christ initiateur », discurso en Ecclesia 07 en Lourdes

Resumiendo. La hospitalidad fraternal es una condición favorable y esencial para que surja y madure la fe. Se puede vivir en diversos niveles: en las grandes concentraciones, en distintos movimientos y redes interpersonales, en las rutas de peregrinaje, en las comunidades locales y en las relaciones interpersonales. Todos estos niveles están llamados a articularse entre sí, de acuerdo con su especificidad, para hacer posible el caminar en la fe.

3.2 Trabajar el lenguaje de la fe para que ésta sea inteligible y deseable. La necesaria mediación de las Escrituras

Pero no basta un ambiente fraternal, así sea tan necesario, para favorecer el surgimiento de la fe. También se requiere que la fe sea experimentada como algo razonable y pertinente para el entendimiento. Por eso es necesaria una segunda condición que favorezca la maduración de la fe: Hacer que ésta sea creíble y deseable para la razón. Explicitemos esta segunda condición.

El diálogo pastoral muestra que el anuncio del Evangelio nunca se hace en un terreno virgen de representaciones, de concepciones, de ideas anteriores. Incluso el sentido de las palabras puede cambiar según las personas. Por eso, para acceder a la fe, no podemos escapar a un verdadero “trabajo” con el lenguaje con el fin de llegar a una inteligencia de la fe que pueda ser comprobada con palabras del lenguaje común, como adecuadamente justa pertinente, provechosa y deseable.

El aprendizaje de la inteligencia de la fe requiere al mismo tiempo de un desaprendizaje de las ideas preconcebidas al respecto, muchas veces inadecuadas o mal construidas. En mi exposición de anteaer expliqué hasta qué punto las representaciones corrientes de la fe son a menudo falsas, desarticuladas, sesgadas e incluso perversas. De aquí que, ayudar a avanzar en la fe supone ir quitando toda una serie de obstáculos, mediante el diálogo, para llegar a una comprensión más adecuada, más coherente y más humanizante de la fe.

Miremos algunos ejemplos de transformación de representaciones. En las representaciones corrientes, con mucha frecuencia, el concepto de creación se entiende con relación al “primer momento” y en una lógica de “causalidad”. De este modo, habitualmente, se mira hacia el pasado y hacia la causa primera. Por consiguiente, será necesario un trabajo de razonamiento y comprensión para transformar estas representaciones y comprender que la fe en Dios creador no sólo tiene que ver con el pasado, sino, y sobre todo con el presente y el porvenir; que la creación está encaminada a la recreación. Además es más significativo reflexionar en la creación con el lenguaje del don, de la alianza y de la liberación que con el lenguaje de la “causalidad”.

Otro ejemplo. Casi siempre se entiende la Trinidad de manera poco significativa para la vida. Sin embargo, para que el misterio de la Trinidad sea verdaderamente significativo, podemos mostrar que la originalidad de la fe cristiana reside en creer en Dios como una unidad de amor y de comunicación que puede inspirar nuestra propia vida. El misterio trinitario nos invita a vivir la unidad respetando y promoviendo las diferencias, pero sin que ni la unidad ni las diferencias den lugar a la dominación.

El trabajo con las representaciones, para hacer que la fe sea posible, inteligible y deseable debe de estar acompañado de un contacto asiduo con las Escrituras. Esto supone una formación para que nuestras comunidades alcancen una verdadera competencia en la lectura

de la Biblia, incluso si no somos especialistas. Promover la competencia de la lectura de las Escrituras en el pueblo de Dios requiere por lo menos un triple aprendizaje:

- En primer lugar, conviene desarrollar, en forma general, una teoría del texto y de la lectura mostrando, en particular que, si un texto existe gracias a su autor, continúa vivo gracias a su lector.

- En segundo lugar, es importante desarrollar una teología de la lectura de las Escrituras. Aquí se debe señalar que el texto inspirado sigue siendo inspirante, que el Espíritu que ha inspirado las Escrituras continúa a la obra en la comunidad de lectores. Por otra parte se deben tener en cuenta los principios teológicos básicos de la lectura de las Escrituras: el respeto a la letra, la consideración de la unidad de las Escrituras, la lectura en la fe y la lectura en Iglesia.

- En tercer lugar habrá que proporcionar las herramientas necesarias para el ejercicio de los diversos métodos de lectura de la Biblia: los métodos históricos, la lectura del texto como objeto autónomo (el texto como “tejido”) y la lectura del texto por su recontextualización en el presente de nuestra historia.

Al trabajar las Escrituras de esta manera, estaremos trabajando nuestras propias representaciones, a la vez que nos dejamos trabajar por ellas. Es así como el texto se convertirá en algo muy “querido” para nosotros puesto que se ha convertido en “carne de nuestra carne”. El trabajo del texto conduce a la escritura del “quinto evangelio”: ése que cada uno está invitado a hacer de su propia vida (bio-grafía) leyendo los cuatro primeros. «Evidentemente sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones» (2 Co 3, 3). En este sentido, dejar que la Palabra de Dios hable hoy, es dejar que la palabra de Dios se exprese en la vida de todas y todos aquellos que se dejan inspirar por el mensaje del Evangelio.

3.3 Crear espacios en los que se puedan vivir y reflexionar una serie de experiencias significativas. El principio mistagógico.

La tercera condición favorable para el surgimiento y la maduración de la fe consiste en crear espacios donde se puedan vivir y reflexionar experiencias significativas que hagan pensar y que dejen huellas duraderas. Aquí la pastoral consiste en la proposición de una serie de actividades (encuentros, debates, celebraciones, fiestas, recreaciones, juegos, viajes, creaciones artísticas, compromisos, etc.) que sean culturalmente interesantes y por consiguiente humanizantes y que, al mismo tiempo, puedan vivirse y releerse a la luz y en nombre de Jesucristo.

Aquí la clave pedagógica no es enseñar para luego poner en práctica, sino proponer prácticas significativas que posteriormente puedan ser reflexionadas y se conviertan entonces en fuente de aprendizaje. En este caso, es la práctica la que alimenta la reflexión. Es una pedagogía de tipo iniciático que pone en práctica el principio mistagógico que consiste en hacer vivir una experiencia para enseguida reflexionarla, interpretarla y dejarse instruir por ella. La fe, como se ha dicho anteriormente, siempre es un acto de reconocimiento de lo que ya nos ha sido dado en la existencia, en la experiencia. En este sentido, la verdad de la fe se pone a prueba. En esta prueba va a dejarse oír la Palabra de Dios y, por ella, los sujetos se convierten en cristianos “probados”.

Se pueden proponer actividades de cuatro tipos que corresponden a las cuatro dimensiones fundamentales de la comunidad cristiana: *martyria* (testimonio), *koinonai*

